



Tejiendo narrativas desde y con los virus



Créditos



Autoras y Autores:
Comunidad de Ikarwa,
Comunidad Santa María de Condoto,
Bismar Conchave Dogirama,
Camilo Galíndez, Denisse Roca-Servat,
Érika Meneses, Emiliano Torres,
Isabel Preciado Ochoa, Jesús David
Matta, Jorge Roberto Medina,
Kenny Díaz, Lady Adriana Hoyos,
Lina Bedoya Zuluaga, Paola Andrea
Vallejo Uribe, Rocío Álvarez,
Tatiana Gómez Henao, Yésica Pérez.

Fotografías:
Bismar Conchave Dogirama,
Emiliano Torres, Rocío Álvarez e
Isabel Preciado Ochoa

Ilustraciones y Dibujos:
Comunidad Santa María Condoto,
Comunidad de Ikarwa y Catalina
Duque.

Diseño:
Catalina Duque Martínez

Comité editorial:
Denisse Roca-Servat, Isabel Preciado
Ochoa, Tatiana Gómez Henao, Érika
Meneses y Yésica Pérez

Diagramación:
Creación Libertaria.
www.creacionlibertaria.net

Coordinación:
Denisse Roca-Servat

Imagen de la Portada:
Elaborada por niños de la
Comunidad de Ikarwa.

Corrección de estilo:
Yésica Pérez y Érika Meneses

Medellín, Colombia
Septiembre de 2020

En colaboración con:





Foto 1: piedras del Guatapurí, fotografía de Isabel Preciado Ochoa

Agradecimientos



Este libro no hubiese podido realizarse sin la complicidad y el deseo de tejer colectivamente significados para entender este virus, más allá de lo que los medios de comunicación nos vienen mostrando como relato único. Por eso queremos agradecer la disposición, la energía y el amor para juntarse, conversar con sus estudiantes, buscar alternativas para pensar y actuar en la pandemia, y luego encontrarse con nosotros en y desde la virtualidad. A Bismar Conchave Dogirama y Emiliano Torres, así como a todos los habitantes de sus comunidades, gracias por disponerse a este juego de pensarnos, de endulzar la palabra en tiempos donde todo parece tan incierto.

A Denisse, por ver la educación como un acto de amor capaz de transformar realidades, que en medio de un mundo absorto en la virtualidad, el distanciamiento social, lleno de incertidumbre y miedos, nos invita a pensar de formas diferentes, a tejer ideas, emociones y acciones colectivas. Por recordarnos que la academia no se puede desligar de las realidades, que existen diversas formas de conocimiento y mundos posibles. Gracias, por hacer de la tempestad una posibilidad de insistir en la vida.



Foto 2: La gran conga. Fotografía de Isabel Preciado

Introducción



Denisse Roca-Servat



Este libro de narrativas, tanto escritas como visuales, surge con motivo del trabajo realizado en el taller de escritura: “Narrar desde y con el virus” en el marco del curso “Ecología Política de las Pandemias” de la Maestría en Desarrollo de la Universidad Pontificia Bolivariana en la ciudad de Medellín en el mes de abril de 2020 (Roca-Servat, 2020) y del ciclo de conversatorios virtuales sobre “Ecología Política de la Pandemia” realizados por el Grupo de Trabajo de Ecología(s) Política(s) del Sur/Abya-Yala del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales durante los meses de abril y mayo (CLACSO, 2020). Este taller se inspiró en el llamado que nos hace la filósofa Donna Haraway de usar distintas formas de narrativas, como la ciencia ficción, la fabulación y los feminismos especulativos, como medios para imaginar otras realidades. En sus propias palabras, la invitación es más bien “a participar en una forma de ficción comprometida que busca alentar diferentes maneras de proponer futuros cercanos, futuros posibles y presentes reales, aunque a la vez improbables” (2017, p. 14).

En medio de la profunda crisis planetaria que vivimos ¿cómo imaginarnos otros mundos, distintos al que habitamos? Hoy en día, la pandemia del virus Covid-19, también llamado “coronavirus”, se presenta como síntoma, y a la vez un marcador, de una crisis sin precedentes. Algunos la llaman “crisis civilizatoria” (Lander, 2015), otros se refieren a ella como el “Antropoceno” (Crutzen, 2002), y hay quienes hablan más bien del “Capitaloceno” (Moore, 2014). A pesar de las variadas formas de nombrarla, todas concuerdan en lo alarmante de la situación. En este contexto, la posibilidad del estallido de una pandemia por un coronavirus ya había sido vaticinada por varias investigaciones (Quammen, 2012; Wallace, 2016). Estas presagiaban su

llegada debido a la acelerada destrucción de los ecosistemas, la expansión del monocultivo y la ganadería a gran escala, el alto índice de inequidad socioeconómica, los deficientes sistemas de saneamiento ambiental y de salud, así como por las conglomeradas maneras de vivir en las zonas urbanas, entre otros factores.

Desde otras orillas, que le apuestan al cuidado de la vida, surgen llamados a juntar las artes del vivir en un planeta en ruinas (Tsing, 2011). Estas artes incluyen cultivar la capacidad de imaginación, aprender a sanar, y a coser colaboraciones poco convencionales e improbables (Haraway, 2017). Desde el arte podremos crear narrativas pequeñas, parciales, y algunas veces bizarras, sobre intentos más que humanos de permanecer vivos (Gan, Tsing, Swanson y Bubandt, 2016). Sobre esto también nos enseña el ecofeminismo, al recordarnos la potencia de las resistencias cotidianas, aquellas que empiezan desde las prácticas de subsistencia básicas como la alimentación, la salud comunitaria y la cosecha o cuidado del agua (Shiva y Mies, 2014). Se trataría entonces, de imaginar otros espacio-tiempos más allá de los constructos lineales, universales y estáticos del capitalismo moderno. Para pensar desde los entramados de la vida, desde las formas espaciales y temporales de los líquenes, los corales, las bacterias, las algas, los hongos, e inclusive, de los virus.

¿Qué implica pensar desde y con el virus? Los virus son pequeños pedazos de ARN (ácido ribonucleico) o ADN (ácido desoxirribonucleico) que para reproducirse requieren infectar células. Según el estudio del viroma humano, son abundantes en nuestro cuerpo, ya que algunos producen enfermedades, pero otros son asintomáticos. Los virus, especialmente aquellos que se mueven entre especies animales, revelan la insondable interdependencia y vulnerabilidad de todas las vidas y así iluminan las incongruencias de las políticas de explotación sin límites de los recursos naturales y la separación forzosa entre el humano y el resto de los seres vivos e inertes del planeta.

Partiendo de este conocimiento y haciendo uso de la expresión de escritura creativa, nos interpelamos a pensar la enfermedad y la transformación de nuestras vidas producidas por el Covid-19 no sólo como amenazas desgarradoras sino también como posible tierra compostada. Ello implicó, entender el espacio epidémico como un sitio para explorar la complejidad e imprevisibilidad de las relaciones humano-ambientales y cómo estas son cómplices y resistentes a los ordenamientos sociopolíticos dominantes (Greenhough, 2012). De esa manera, la ciencia ficción, así como la poesía y el cuento, permite tejer hilos con otras narrativas, con otros seres humanos y no-humanos, con seres mágicos, con monstruos, con objetos, etc. para poder imaginar un entramado de relaciones distinto.

La escritora Beatriz García (2019), nos describe la manera como Haraway decidió “tejer hilos con autoras de los años 1970s, como Octavia Butler, Ursula K. Le Guin, Marge Piercy o Joanna Russ, que planteaban otros universos distintos a los de la dominación patriarcal y se hacían la pregunta de “¿y si...?”. En este caso: ¿y si imagináramos que el virus tiene agencia? Así floreció este proyecto de arte, activismo y ciencia que siembra otros mundos posibles a través de la narración. Cada uno de los cuentos, poemas y frase que fueron creadas en este proceso, son narrativas abiertas. Como contadores de historias, cada uno narra desde sus sentimientos, su relación con la naturaleza y el mundo.

El curso se llevó a cabo en el mes de marzo del año 2020, sin embargo, el ejercicio del taller de escritura creativa dio pie a un trabajo colectivo y colaborativo con los 12 estudiantes del curso que se extendió hasta el mes de julio 2020. Durante ese tiempo, se conformó un equipo de edición y de diseño compuesto por algunas participantes del curso: Yésica Pérez, Érika Meneses, Isabel Preciado Ochoa, Tatiana Gómez, y quien escribe. Así mismo, se invitó a la artista gráfica Catalina Duque, de Creación Libertaria, para que nos ayudara con los detalles del diseño y la diagramación. Este equipo revisó la redacción y el estilo de las narrativas, y construyó una propuesta visual para acompañar a los textos.

En este tejido, se abrió la posibilidad de tejer en conjunto con hilos de otros colores. Los hilos de las comunidades indígenas Embera Dóbida de Santa María de Condoto del Alto Baudó en el Chocó, y de la comunidad indígena Arhuaco, de Ikarwa en la Sierra Nevada de Santa Marta, quienes produjeron narrativas sobre el virus desde sus experiencias, historias y sentires. De esa colaboración emergieron dos cuentos, uno de ellos en lengua embera, muchas ilustraciones, una interrelación solidaria en medio de estos tiempos difíciles y un trabajo comunitario de reactivación de la huerta y de conocimiento ancestral sobre la salud y el cuidado colectivo por medio de las plantas.

En esta red de hilos de solidaridad y creación solo queda gratitud. A continuación, les invitamos a disfrutar de este tejido de colores diversos.





Una invitación a conversar desde y con el virus a partir de los cuentos y la pintura en dos comunidades indígenas de Colombia

Isabel Preciado Ochoa



El ejercicio de pensar el virus como un agente que cobra vida, interactúa y obra en nuestros cuerpos, nos llevó a la propuesta inicial de realizar varios escritos de los cuales salieron algunos cuentos, un par de poesías y una frase. La creación de estas narrativas se realizó al estar ya confinados en nuestras casas en la ciudad de Medellín en medio de una crisis sanitaria por la pandemia. Es más, el curso entero se llevó a cabo en la virtualidad, a partir de videoconferencias que nos permitían interactuar, compartiendo apreciaciones, dudas, sentimientos y experiencias. Fue un espacio terapéutico y de catarsis, que de muchas maneras nos permitió dejar los discursos de miedo y odio que proliferan en estas épocas.

Este resultado nos puso a pensar además de qué manera podíamos conectarnos con otras personas y pensarlo también, fue así como nos imaginamos convocar a los profesores de dos comunidades indígenas del país: a Bismar Conchaves, indígena Embera Dóbida de Santa María de Condoto en el Chocó y a Emiliano Torres, indígena Arhuaco de Ikarwa de la Sierra Nevada, y con ellos y sus estudiantes, reflexionar a partir de la lectura de nuestros escritos qué sentían y pensaban del Covid-19. Consideramos que dibujar sus sentires podría ser un ejercicio de diálogo complementario para este libro, llenándolo de sonrisas, colores y otras miradas. Tal ejercicio superó con creces nuestra idea inicial, pues además de unas ilustraciones preciosas y cargadas de símbolos, se construyó

una huerta, para el caso de Santa María y se hicieron dos cuentos, uno de ellos además traducido al embera bedea. En Ikarwa, la posibilidad de los círculos de palabra con adultos, sabedores y niños profundizó la tarea.

¿Cómo se hizo?

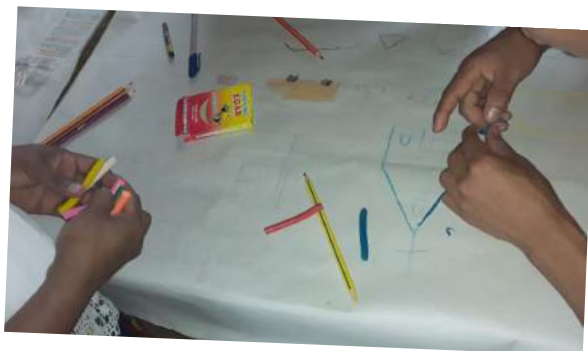
En ambas comunidades, aunque con nosotras las conexiones fueron virtuales, los ejercicios con jóvenes, niños y adultos fueron de interacción directa, en sus aulas y al campo abierto, incluso alrededor del fuego, en círculo de palabra, guiados por estos dos profesores.

La comunidad de Santa María de Condoto pertenece al resguardo Chorí-Jurubidá, ubicado en el municipio del Alto Baudó del Chocó biogeográfico, en las estribaciones de la serranía del Baudó perteneciente a la cordillera occidental, territorio traslapado con el Parque Ensenada de Utria y ubicado en plena selva húmeda tropical, uno de los lugares con más altos niveles de pluviosidad del mundo, además de gran diversidad de flora y fauna endémica. La comunidad está conformada por 650 personas de la etnia embera dóbida. En este ejercicio participaron aproximadamente 60 personas entre niños, jóvenes y adultos.

Inicialmente, Bismar se reunió con los padres de familia y algunos estudiantes para socializar los cuentos enviados por nosotros. Después se realizó otra actividad con los estudiantes y con los sabedores para hablar de medicina tradicional. Una tercera actividad consistió en realizar un trabajo colectivo que revivió la huerta medicinal.

En este proceso hubo una reunión con los estudiantes donde se narraron todos los cuentos. La mayoría de los participantes perciben el coronavirus como un espíritu “come gente”, un “espíritu dañino”, que pareciera haberse despertado por el egoísmo de algunos y el deterioro de la naturaleza. De acuerdo con sus relatos fue una experiencia muy

significativa, a través de los cuentos comprendieron qué era el coronavirus y la importancia de atender las recomendaciones de sus padres y sabedores, pues como dijo Bismar, “con el cuento uno se da cuenta que hay que hacer caso porque si no puedo morir”. Esta actividad movilizó múltiples sentimientos y acciones en los estudiantes, de un lado la necesidad de escuchar a sus abuelos y sabedores, valorar sus conocimientos, pero también el promover prácticas de autocuidado y el intercambio de saberes.



Fotos del trabajo de creación en la Comunidad Santa María de Condoto, Alto Baudó, Departamento del Chocó, Colombia. Fotografía tomada por Bismar Conchave Doigrama, junio 2020.

Para el caso de la comunidad de Ikarwa o Besotes, una descripción de contexto los ubica en un territorio recuperado por el pueblo arhuaco en 1985. La comunidad está ubicada al norte de la ciudad en Valledupar en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta y en la margen izquierda del río Guatapurí, en una zona muy seca y de baja pluviosidad, habitada por cerca de 500 indígenas de la etnia arhuaca.

La actividad fue desarrollada entre 42 estudiantes, fue previamente endulzada por la palabra en reuniones de pensamiento con los sabedores y los padres, y la lectura de nuestros escritos. Allí se llegó a la conclusión de que era un ejercicio pertinente para ellos conversar con los niños alrededor del tema. Una semana después el profesor Emiliano se sentó con los niños y con la ayuda de algunos padres de familias pintaron de forma conjuntas sus sentires y percepciones sobre el virus. A propósito, esto nos dijo Emiliano “los cuentos tienen muchas verdades, la realidad que estamos viviendo”. Un elemento interesante también y contrario a la percepción que se tiene en Santa María es que el virus no es visto como “algo dañinos sino una parte de nuestro ser y tenemos que hacer limpieza y pagamentos tradicional”.



Fotos del trabajo de creación de la Comunidad de Ikarwa en la Sierra Nevada, Municipio de Valledupar en el Departamento del César, Colombia. Fotografía tomada por Emiliano Torres julio 2020.



Foto 3: La tía, un día en Santa María. Fotografía de Isabel Preciado Ochoa



Ėjũada bienũmuã kĩchadeba

Bismar Conchave Dogiramã
Comunidade indígena Embera Dóbida,
Santa Maria de Condoto del Alto Baudó



Druaena eda jũmaẽna zhi zhigurerã basibida, maũba jũma ẽna mũ: zrõã basima, mũ kurra, mũ zhabarã, mũ zezezrõã, mũ zhabakau; jũmaẽna busida panasimana. Dairã nesesidara juma biabasiasa.

Zhigurerãkĩrãka ãba panasida, “jũmaẽna ẽberãbasimana, izhaba jũmaẽna ãnimarãbasimana”, jẽãda ubazhida izhaba bõrõjõda, nezarrajõda dewara maũneba.

Beabazhidaa berõwãrãda, kuriuada, kõchuroda; uruta tada jurubazhidaa, tonogatada izhaba aramamarã jũmaẽna biabasimana.

İbanazhakeba, animarãzhakeba didu akude sebazhidaa, ĩbana biabi bugua ãnaãdru bazhimana ewarira.

Diapedaba abaã keubazhia bajãrã pãpãrã numuda.

Daipananamãĩ mẽã chirutanea adopanasida jarrabara, maũ neneẽã baira, maũ kakua biẽ numãĩrã, maũ newayara.

Jũmaẽna Kosara bianumasimana; baido, dazhi egoro, dazhi naũ izhaba bakurusida merãga numasia. Maũ ėjũãnerã nekainumasimana. Maũne dazhira jãwãabera, mũ zhaba naãbemaba jarasida izhira iduãa beida, bari maũ iduãa bebुरुde kĩchade zesida.

Mũãburu juma mǎdabaida maũba kĩchaebasia izhi zhigurerã; puru waibuada obesimana, bakuruda izhaba chiruada juma besimana, dazhi naũ, egorosida, baidosida juma ãrĩsimana. Puru waibuadera awara bumana, purudera jarabada bumana, newayaada bumana, neneẽda bumana. Dai nekainumanarã jõsia purude panepeda. Purudera juma biẽbua; dazhisida, desida, jẽmeneĩsida izhaba nekoisida. Mawãduanũne mũ achirãrãme dai zhibarĩrãba jarasida poya pananaẽda nekai meã pananakĩrãka. Bari mawãmina mũ achirãrãba zhibarirã bedeara ijĩã naẽbasia.

Maũba ãyĩra ãba juma wãsidamana purrade parkedea, maũne ũkuru beasidamana torra kazhiruaba, izhaba zhi zedara didaabe kuwakuasidaama, maũda tẽãbe beusidamana. Maũne mũãrã mũ zhibari bedeadã ijĩãnabera nekai besia, bari achirãrã neẽbesia mūduba. Purura Ėjũã biabuea.

Maũba idira dida piki besia, mũ zrõãrã bedeadã ijĩã, mawãera mūsida beuiya.

(traducción del embera bedea al español del cuento anterior)

La civilización, un mundo de caos



Hace mucho tiempo todos éramos una gran familia, todos éramos parientes, tíos, sobrinos, hermanos, abuelos, primos... Todos éramos felices, nuestras necesidades siempre estaban satisfechas. ¡Teníamos una buena vida!

Éramos una familia muy unida, todos éramos animales y éramos gente. Sembrábamos chontaduro, borojó, caimito entre otros. Cazábamos guagua, guatín, armadillo y recolectábamos frutas como milpeso, caimito y táparo. Todo era bueno, una gran familia. Los pajaritos y en general todos los animalitos nos visitaban a la casa, el día amanecía al son de sus cantos y el cielo era azul desde la mañana hasta al atardecer.

Donde vivíamos en la selva no conocíamos el hambre, la enfermedad, la pobreza, y el miedo. Todo era bonito: agua, aire, suelo y árboles hermosos. Era un mundo de tranquilidad, así vivíamos... Hasta que mi hermano mayor pensó separarse de la familia, vivir independiente, lejos del monte, construir ciudades. Al vivir independiente surgieron ciertos intereses.

Tener poder y dinero, por lo tanto, era más importante que tener una gran familia: mandó a construir ciudades, destruyó los bosques, el aire, suelo y las aguas quedaron contaminadas. En la ciudad todo era diferente. Había hambre, necesidades y miedo. Nuestra tranquilidad se acabó cuando quedamos viviendo en la ciudad. Todo era difícil, la vida, la casa, el juego, la alimentación. Así, un día viviendo en la ciudad con mis amiguitos, nuestros abuelos nos decían que no podíamos andar libres como en el bosque, pero mis amiguitos no hicieron caso a sus consejos.

Una vez salieron todos juntos a pasear por un parque de la ciudad, a unos los mataron y otros enfermaron, después murieron... Como yo hice caso a mis abuelos a mí no me pasó nada, pero sin amigos me quedé... ¡La ciudad es un mundo de caos! Ahora debemos vivir encerrados en la casa.





Desde la ventana en tiempos de Covid-19

Rocío Álvarez



“Lleve cilantro, piña, aguacate, maduro, cebolla de rama, cebolla de huevo” gritan dos jóvenes con su acento paisa animado en las calles del centro de Medellín. Gritos que se hacen más sonoros al juntarse con el de otras personas de distintas regiones que salen a vender a las calles de la ciudad en medio de la situación actual de confinamiento por el Covid-19. Al fondo el sonido de las aves: azulejos, garzas, loros, hasta me atrevo a decir que hay un gavián el cual no se ha dejado encontrar.

En algunas ocasiones y por fortuna (puede que fortuna para quienes amamos ver las aves), pasan un par de guacamayas majestuosas las cuales se identifican por su canto, un sonido especial, que se distingue de las demás aves que frecuentan el frente de mi ventana. Se siente que ahora las aves son más dueñas del aire que la capa de smog que se acostumbraba a ver todos los días en la ciudad, siendo ya parte del paisaje.

No se extraña el sonido de los carros, del transporte integrado, del bus circular, y tampoco de las personas que a diario corren por llegar a sus trabajos, quienes no precisamente reflejan felicidad en sus rostros.

Para quienes estamos confinados ahora hay momentos en los que nos detenemos con más frecuencia a ver lo que hay en frente de la ventana, con ganas de seguir descubriendo lo que hay más allá, pero sobre todo, visualizando un contexto social en el que el confinamiento no es posible para todas las personas, pues es notoria la crisis por la que se está atravesando, y por la cual, al pasar los días se concentran muchos más vendedores informales, quienes de alguna u otra manera se hacen “lo del diario”. Por otra parte, el llamado de la naturaleza, especies que recuperaron por unos días el espacio que se les arrebató y que actualmente está transformado en paisajes urbanos, nos demuestran el valor de la resiliencia que podemos visualizar a través de una ventana en tiempos de Covid-19.





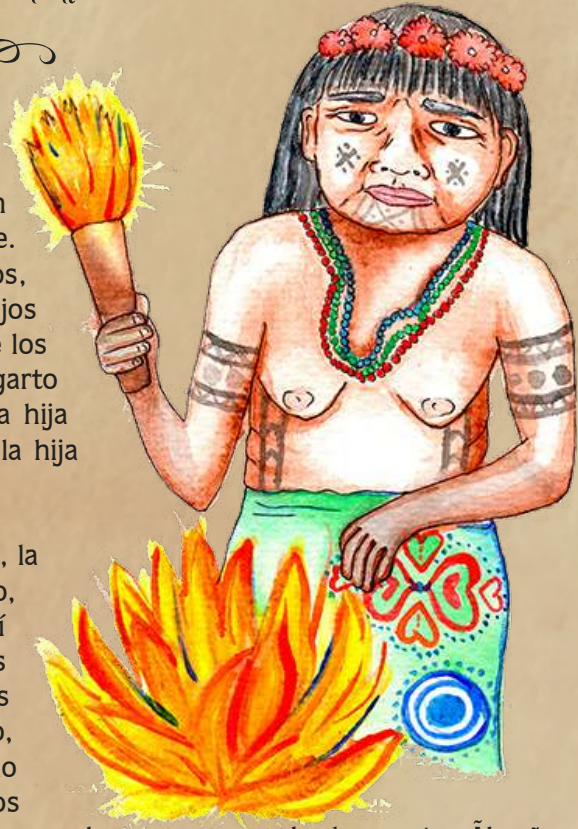
El jai caminante

Bismar Conchave Dogiramá.
Comunidad indígena Embera Dóbida,
Santa María de Condoto del Alto Baudó



Hace mucho tiempo, pero mucho tiempo, vivíamos en una sola parte, con nuestros Ākorē o dazhi zeze. Nuestro dazhi zeze o dios, quiso entregar a sus hijos ciertos elementos para que los administraran. A la hija lagarto “jimō” le dio el fuego, a la hija conga “jēsērā” el agua, a la hija zorra la caña de azúcar.

Al pájaro mochilero grande, la semilla de plátano. A otro, semilla de maíz y así sucesivamente. Todos estos alimentos y plantas eran de uso comunitario, pero al pasar el tiempo ya no querían compartir con los hermanos lo que tenían, a pesar de que eran regalo de nuestro Ākorē y así crecieron ciertos egoísmos. Comenzaron a adueñarse de cada



elemento que dazhi zeze había dado para administrar. Por lo tanto, los otros hermanos menores, que no tenían las cosas y reclamaron a dazhi zeze, por qué empezaron a sufrir, entonces Ñkorë viendo el egoísmo de algunos de sus hijos con los hermanos, se enojó y los castigó al convertirlos en animales.



Y los buenos hijos quedamos en personas hasta el día de hoy. Dicen que otra vez estamos portándonos muy mal con nuestros Ākorē y con nuestros hermanos. Hay mucho odio, mezquindad, egoísmo y violencia. Por lo que hoy, los animales piden a nuestro dazhi zeze que ellos ya pagaron suficiente tiempo de castigo por su pecado y dicen estar cansados de comer frutas amargas, algunas picantes, otras con muchas rasquiñas. Entonces hoy ellos ruegan para convertirse nuevamente en gente y nosotros que seamos convertidos en animales, si no cambiamos nuestros comportamientos.

Por toda esta maldad que hay en el mundo, nuestro Ākorē, está enojado de nuevo, y el gran espíritu de la tierra envió un mensajero, el jai kazhirua, que es un monstruo muy feroz, tiene apariencia humana, colmillos y dientes grandes, tiene garras en los pies y en las manos, boca grande para tragarse a las personas, un cuerno y ojos de color rojo, su cuerpo es negro y en el pecho tiene tres senos.

Este jai visita casa por casa para saber que niño no está obedeciendo con las recomendaciones de sus padres, recomendaciones que le dan los profes, los abuelos. Así que jai kazhirua persigue a los niños que no obedecen a sus mayores, a sus padres. Por su parte, los niños buenos están protegido por “jai bia”, espíritu bueno por ser niño solidario, honrado, no decir mentiras y de buen corazón.

Este jai dice que cuando no obedece a su papá y a su mamá es más fácil de comérselo, porque no está protegido por “jai bia” espíritu bueno. El espíritu bueno sale del cuerpo de los niños que son desobedientes, groseros y mal educados. Entonces el jai caminante anda buscando más niños y personas desobedientes.

Es por esto, que ahora tenemos que estar en la casa muy obedientes y juiciosos, no salir a la calle a cada rato, si no nos cuidamos, no obedecemos los que nos dicen nuestros mayores estaremos jodidos.

¡Así termina este cuento!



El innombrable 2020

Paola Andrea Vallejo Uribe



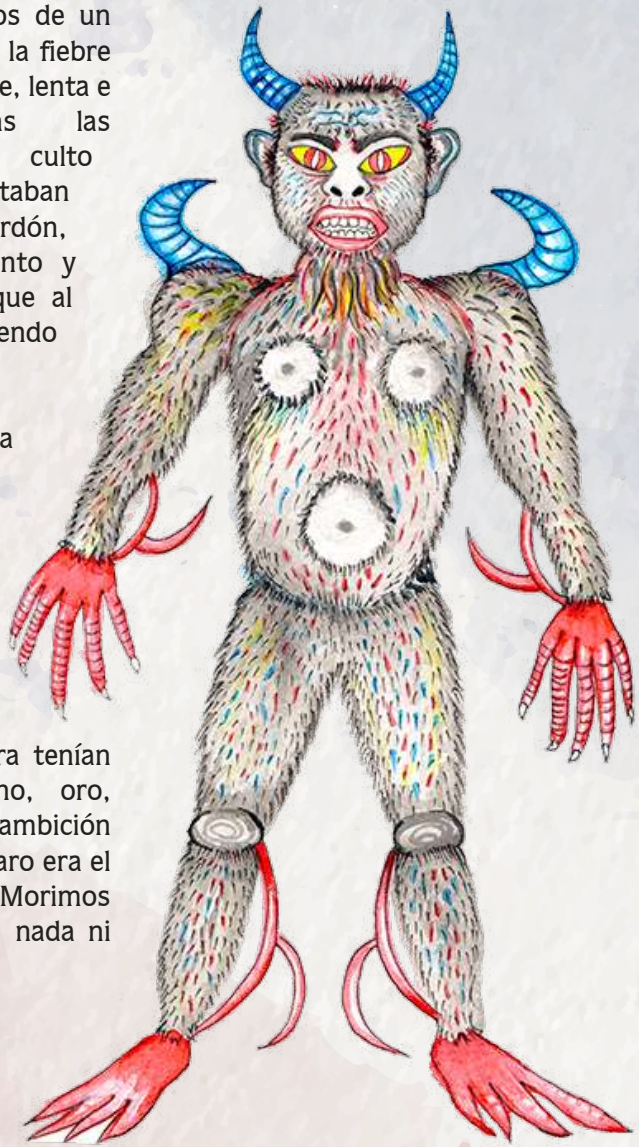
Y aparecía la muerte rondando entre los cuerpos vivos y medio vivos, muertos y medio muertos, imposible descifrar en qué momento la muerte renombrada como Covid-19, decidió convertirse en devoradora y devastadora.

Para entonces el futuro era realmente incierto, cada día se vivía sin afán, pero con miedo, con ilusión, pero sin sueños. Las ventanas no se abrían porque la muerte podía estar pasando justo en ese momento por el umbral. Era posible toparse con ella de frente, pero sin darse cuenta, caer rendido ante sus pies ardido de fiebre y en medio del desespero de no poder respirar, sucumbir tras catorce días ante su dolorosa presencia. El 2020 tuvo olor a muerte, no se vivió en meses o semanas, sino por períodos de 14 días que tomaron el nombre de cuarentena. El covid-19 se convirtió en la unidad de medida. Esta forma que tomó la muerte dotaba de nuevos sentidos lo que humanamente se había construido: el despilfarro, la gula, lo suntuoso, algunas de las formas más indignantes del capitalismo, se habían derrumbado ante la simplicidad de una vida sin rumbo. La humanidad atada de pies y manos a un Smart TV, a la conexión de internet, a depender de aquellos que decidieron ponerse los pantalones frente al miedo para que no faltaran los alimentos en la mesa o los medicamentos.

Las calles vacías vaticinaban lo que sería un después... Covid-19 no solo era capaz de meterse en los pulmones y hackear los pensamientos, era capaz de enfrentar a hombres y mujeres a sus propios miedos: dormir con un asesino, cohabitar con un violador, aturdirse con los ruidos

inclementes y dolorosos de un estómago vacío. Sentir la fiebre de una muerte inevitable, lenta e implacable, mientras las plegarias de un culto cualquiera se levantaban como eco pidiendo perdón, sintiendo arrepentimiento y clamando a un dios que al parecer se estaba haciendo el pendejo.

Había que aprender la lección, aquellos que quedaron vivos debieron haberla aprendido, pero no fue así. Las montañas que debían estar llenas de cultivos y deliciosos aromas ahora tenían color a cobre, platino, oro, carbón y petróleo, la ambición rompió el saco y ser avaro era el apellido más común. Morimos todos en el año 2020, nada ni nadie será como antes.





Rompecabezas

Kenny Díaz



Envoltura lipídica rota por cadenas lipídicas saponificadas
Y el ARN es el ARN, nadie lo puede destruir,
así como nadie puede destruir nuestra memoria.
Somos los campos verdes y yermos,
Somos la vida, escasa y discontinua en el pensamiento occidental,
Somos el encierro económico y la libertad política,
Somos Isis, somos Huiracocha,
Somos un islote en el océano Pacífico, somos la Rusia continental,
Somos una cucha amazónica, somos un yak himalayo,
Somos, somos un infinito.

Pero el virus es...

¿Quién quiere darle vida al virus?

La sociedad secreta de viajeros en el tiempo

Jesús David Matta Santofimio



En el año 2020 la humanidad se enfrentó a un enemigo considerado invisible: el Covid-19. En medio de un siglo de avances tecnológicos, pero no de reflexiones profundas sobre la vida, la única esperanza de sobrevivir a este enemigo invisible es una sociedad secreta de viajeros en el tiempo. Esta sociedad ha decidido, a través del reino cuántico,

regresar a una línea del tiempo anterior para prevenir a la humanidad, del origen de una pandemia producto de la relación del humano con el ambiente y los ecosistemas, la cual paralizará al mundo, sus economías, sus estilos de vida y pondrá en cuestión esa vida normal que llevaba hasta ese momento.

El viaje en el tiempo, según la sociedad secreta de viajeros, era una posibilidad de cambio de la interacción humana con el mundo natural. La posibilidad de poner en consideración los efectos que probablemente traerá el comunicar 20 años antes lo que está por venir a las personas de la sociedad moderna del siglo XXI. Ello, toda vez que las dos últimas décadas del nuevo milenio han tenido consecuencias alarmantes en el incremento del consumo y la comercialización de la vida silvestre. Por lo tanto, la llegada de seres humanos del año 2020 al 2000 tienen la misión de poner en alerta a los gobiernos y las estructuras sociales sobre cómo será la vida unos años más tarde.

Esta sea tal vez la única manera de que el futuro tome un rumbo diferente y, por ende, no permitir que el virus se genere. O quizás no lo sea, y más bien, el hecho de revelar información valiosa del futuro a los humanos en los viajes en el tiempo sea una forma de autodestrucción de la misma humanidad. Esto debido a que ello podría implicar modificar otras líneas de tiempo, como, por ejemplo, tomar ventajas en las guerras y aprovechar el conocimiento sobre el origen del virus que afectará a la humanidad en el 2020 para establecer un nuevo orden mundial que obligue a las naciones a decidir qué porcentaje de la humanidad deberá vivir y quién tendrá acceso a los beneficios como el hecho de estar libre de este virus. Es por esto, que, el anonimato es quizás la mejor forma de actuar de la sociedad secreta de viajeros en el tiempo, así las personas que pertenezcan a la línea de tiempo del 2020 tendrán que reflexionar profundamente acerca de la vida, de la fragilidad de la humanidad en el mundo y restablecer las relaciones con el ambiente.



Preparando la clase

Lady Adriana Hoyos



— Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde... Susurraba él
— No, siempre supiste lo que tenías, pero nunca pensaste que lo podías perder... Escuchó una tenue voz.

Esas palabras llegaban como un eco en medio de una gran avenida, una tarde soleada y hermosa en algún lugar de la ciudad que ya no reconocía.

— ¿Quién es? ¿Quién me habla? Salga de donde esté, me hará bien verlo, hace días que no veo a alguien...

Por más que se esforzó en buscar entre el mobiliario que estaba enfrente, fue en vano, nuevamente sintió esa sensación que por momentos lograba apartar de sí pensando en aquello que lo hacía feliz, que le brindaba tranquilidad y le transmitía paz.

— Lo ves, siempre supiste que estaba, pero estabas muy ocupado para disfrutarlo y cuidarlo...

— Tanto me hubiera gustado sembrar con mi madre en su pequeño huerto en aquellas mañanas libres, abrazar al viejo y compartir ese partido de fútbol que le quedé debiendo. Mis amigos varias veces se quedaron esperando una llamada o la confirmación de mi llegada; jum, hasta mi perro dejó de menearme la cola. Recuerdo lo mucho que

disfrutaba salir de caminata y conocer nuevos lugares, mirar al cielo en la noche y jugar a contar estrellas, incluso separar momentos para dedicarlos a la literatura policíaca y de suspenso...

Después de un silencio prolongado, la voz prosigue:

— Hace algún tiempo, cuando me descubrieron en los animales humanos, mi intención no fue hacerles daño, aún hoy no es mi fin. Mi hábitat sufrió transformaciones lo cual me tomó por sorpresa. He compartido grandes aventuras con diversos homínidos y mamíferos, he experimentado grandes glaciaciones, he viajado por diferentes geografías y me he transformado de acuerdo a la mundología del ser que me hospeda...

Él, pensando en esas palabras, lo interrumpe:

— ¿Estás dentro de mí?

- Hago parte de tu cuerpo, al igual que múltiples bacterias, microbios y agentes. Sin embargo, que se desarrollen afectaciones patógenas, evidencia que hay animales que dejaron de convivir en equilibrio.



— Siempre estuve preocupado por cumplir con mis reuniones, mis metas, mis productos en la empresa, mis reuniones sociales, los proyectos de la escuela, los avances en el laboratorio... Es cierto, tenía un trabajo exitoso, disfrutaba de conciertos y cocteles a todo dar, podía cambiar de auto cada año y acceder a las últimas tecnologías... jejeje... Mis ropas y lujos estaban siempre para lucir en grandes eventos y ni que decir de la compañía... ¡Yo no hice nada para merecer esto!

— Tampoco yo, y aun así me discriminaron y me trataron como lo peor, necesitaban un culpable, pero no me entendieron. Los humanos desde el neolítico se encargaron de la transformación de los sistemas ecológicos: cada año la contaminación de las fuentes hídricas iba en aumento. El plástico,

— ese material que me encanta

— se convirtió en el rey del mundo.

Los agrotóxicos fueron comida y las semillas nativas prohibidas. Todo esto afectó sobremanera los procesos que mantienen en equilibrio al planeta hasta sobrepasar sus límites... de esas cosas podría hablarte todo el día. ¿Sabes? Creo que el virus eras tú para tu entorno, pero hoy este ya no existe.

En ese momento, un frío recorrió su cuerpo y unas manos tiernas lo estrujaban con amor:

— Juan, levántate, se te hizo tarde para tu clase virtual... *Sesión 4. Transferencia microbiana de los animales a los humanos.*



Lina Bedoya Zuluaga

“Los reyes en disputa por el todo”





Metáfora del Covid-19. El ser humano y su ego, ante todo

Jorge Roberto Medina Mejía



Hay un nuevo actor en esta película. Trae corona, sin embargo, no es un rey ni reina, no en nuestro mundo. Hoy en día es el principal desconocido más conocido. Todos hablan de él, aunque pocos lo han visto. Muchos dicen que es oriental, otros que es occidental, algunos que es descendiente de Batman e incluso hay libros que dicen que simplemente es un evento apocalíptico ya escrito.

Pero... ¿es malo este nuevo actor? claro que en toda película hay un villano. Es decir, que premeditadamente causa daño. ¡Ah! entonces, por supuesto que es malo, es malísimo. Es un asesino. Está acabando con muchísima gente, y eso que su papel no es el de un terrorista.

Y... ¿cómo podemos llamarle asesino a algo que no piensa, que ni siquiera sabemos si está vivo, que necesita de otro agente para sobrevivir y tener valor por sí mismo? ¿Entonces de donde salió? Más bien ¿no será que los malos son los que están en su entorno y crean esa figura para luego esconderse?

Claro, es raro porque la figura del enemigo casi siempre está vista como un gigante, que intimida y con solo verlo cause pánico. De hecho, creo que esa es la imagen que convenientemente se le ha dado para hacer ver valiente al héroe. Pero tras bastidor, hasta para el héroe, lo más pequeño es motivo para no querer salir de las cobijas.

Deberíamos de acudir al armamento más efectivo que se ha creado para luchar contra el enemigo a lo largo de la historia. Para eso solo necesitamos dinero, ser rubio y querer viajar a la luna. Perfecto, entonces digámosle a un par de bancos que prestan dinero a cambio de un mentado desarrollo. Luego, le decimos a la gente que se queden tranquilos, que solo es un proceso natural, así como hemos justificado el fuerte calor que está haciendo en el planeta. Y de paso le pedimos a un tal Heisenberg que nos diga cómo acabar con esta incertidumbre. Total, como grandes superhumanos que hemos sido, es vergonzoso que algo 1000 veces más pequeño que un cabello humano nos cause daño alguno.

Es imposible que seamos nosotros quiénes lo hayamos ocasionado. Definitivamente, este nuevo villano no puede ser otra cosa que producto de un proceso “natural”.



La grandeza de lo infinitamente pequeño

Tatiana Gómez Henao



Tal ha sido el ego, que reconocemos lo magnifico y significativo en todo aquello que ha ocupado gran espacio-tiempo, fuerzas aplastantes que se convierten en pesos muertos y que hacen sombra a lo ínfimo, lo pequeño, sin comprender, que es la humildad de lo minúsculo, la magia de lo micro, esa suma de pequeñas energías, que nos demuestran el poder de la acción conjunta, el poder del aleteo de la mariposa.

La mayor de las revoluciones es la naturaleza en su constante manifestación.

Un mundo en una esponja

Yésica Pérez



— ¡Creo que hay otra opción! - sin pensarlo Gustavo lanzó esta frase que lo sorprendió a él mismo. En ese momento recordó la Ceiba pentandra que conoció en el Valle, gracias a los algodones que libera y que ese día estaban regados por el camino. Vino a su mente la imagen de Arturo que estaba recogiendo semillas al lado de la Ceiba, mientras le contaba lo poco común que era esta especie de árbol:

— Gustavo, este sorprendente árbol utiliza el viento para mover sus semillas, se vale de las corrientes para flotar en el aire y poder completar su ciclo reproductivo, ¡imagínate! Crear algodones que viajan por los cielos.

En la reunión, había muchos expertos. Una pregunta sacó a Gustavo de su recuerdo sobre la Ceiba y lo devolvió al debate con el grupo de epidemiólogos presentes.

— ¿A qué te refieres con otra opción? alguien insistía por tercera vez. Estaban en un momento muy tenso, pues en el laboratorio se decidía cómo entender el virus que tenía en cuarentena a toda la humanidad.

— Creo que no hemos pensado en el virus mismo, ni qué intenciones tiene con su reproducción dentro de nuestro organismo. ¡No me mal interpreten queridos colegas!, es evidente que afecta nuestro sistema y en ocasiones acaba con la vida, sin embargo, creo que nuestros esfuerzos se han concentrado justamente en ese último punto y eso ha impedido comprender el comportamiento del virus. Por eso debemos investigarlo con otro enfoque - dijo Gustavo.

Pocos apoyaron al científico. Los que tenían una profunda admiración por sus prácticas heterodoxas formaron un equipo de expertos que fueron tildados de locos y románticos, los llamaron «los chapatines de laboratorio». Con sus propias técnicas, lograron identificar y predecir la conducta del virus. Para algunos escépticos, no tenía sentido estudiar un virus como si fuese un ser vivo y peor aún dejar de lado a los humanos.

A pesar de todas las burlas, los chapatines crearon unas esponjas artificiales adecuadas para alojar el virus. Lo sorprendente del invento fue la capacidad de las esponjas para atraerlo, pues al tener contacto con humanos infectados, se retiraba para hospedarse en la esponja.

Muchas personas decidieron conservar la esponja, compraron aparatos de laboratorio para observar su mundo y, como si fuera una mascota, dedicaron parte de su rutina a contemplarlo, casi con la misma fijación de cuando se descubre una verdad.

Me despertaron muy temprano y de repente:

—¡Hay que mudarnos! — decía Virita, mi amiga. Solo necesitaba mi cadena de ARN, así que la envolví bien en mi mantita de proteínas y salí.

— ¿Para dónde vamos ahora? - pregunté

— No sé, algo está pasando afuera- respondió con voz temblorosa.

De repente sentí el suelo temblar, el suelo que siempre había sentido firme, esa mucosa que le brindaba seguridad a mi corta y limitada existencia, estaba sacudiéndose.

Y del estremecimiento ¡Bum! El suelo ya no estaba. Me encontraba flotando por los aires y, a mi alrededor, solo veía a Virita dar vueltas por los aires: - ¡se te cae la corona! - gritaba, cómo si eso fuera lo más importante en estos momentos y como si no supiera que siempre permanecería en mi cabecita. Mis hijas, que habían conseguido otros lugares pequeños para vivir y que les proporcionaban los elementos necesarios para replicarse, también estaban volando. Me miraban perplejas, como esperando una explicación. Solo me sentía muy pequeña, ínfima, invisible. No sabía que era así. No tenía idea de que el mundo era más grande.

Estaba asustada. Solo quería que terminara. Y terminó. Caí sobre una superficie fría, dura, brillante. No había un lugar adecuado para mudarme y producir mis copias. Algunas de mis amigas y de mis hijas estaban cerca. La sorpresa de nuestras caras se mezclaba con el desconcierto, la incertidumbre de no encontrar un hogar cálido y dispuesto a aceptar nuestras replicas acrecentaba el temor. Todo alrededor era más y más grande, pero todo se veía brillante, frío, duro, liso. Algunas formas conocidas pasaban caminando con rapidez, ¡y vaya que eran altas! Cómo no reconocer esas formas en las que había vivido, esos cuerpos que me ofrecían un manto mucoso, suave, abierto, que recibía mis proteínas y

mi información genética. Ese manto que, aunque había que usar algunos trucos, siempre estaba dispuesto para mí y para mis amadas hijas, así me quede divagando hasta sumirme en un corto sueño y de pronto. De pronto... sentí la calidez, no lo dudé, era piel, una piel firme, porosa, me aferré con todas las fuerzas de mi corona, y allí quedé. Me crucé con algunas amigas bacterioideas que aventuraban cuál sería el siguiente paso. Esa piel se movió, esa piel contactó otra piel, cerré los ojos, los apreté fuertemente y allí estaban.

Eran casi como las del barrio que nos había expulsado, mucoso el suelo, firme, lleno de posibles hogares con las mismas cocinas donde podría replicarme, tener a mis hijas cerca, quizás planear otras mudanzas cuando las casas y sus cocinas ya no fueran tan útiles... ¿Qué otros rincones de este inmenso barrio podrían recorrer?

He escuchado que en la zona pulmonar se vive bien, que hay más espacio, que las réplicas son mucho más felices, ¡Ojalá pudiera mudarme esta vez...! La temperatura quizás sí subiría al llegar allí ¡sería estupendo!



Planes de viaje para coronavirus

Camilo Galíndez



Tan pronto se terminó la clase a la que asistían juntos en la academia MilenialYoga para coronavirus, Ron se acercó a Cito por detrás y lo sorprendió con una palmada en la espalda.

— Pana, tengo una idea pa' lo que hablamos el otro día — dijo Ron efusivamente —. ¿Usted si está firme para irnos a viajar o qué?

— Si, obvio pai. Yo le meto toda la moral a la vuelta. ¿No más diga qué hay que hacer? — respondió Cito mientras caminaban por el salón.

— Estuve pensando que para ir a conocer el mundo tenemos que usar una de esas naves bípedas y pálidas que se la pasan rondando por aquí. Esas que andan todo el día detrás de un aparatito que se ilumina intermitentemente, ¿Si sabes de qué te hablo?

— Sí, claro, yo los he visto. Les dicen humanos y la verdad no me causan mucha gracia — expresó Cito con un evidente signo de disgusto en su rostro— ¿Y ese aparatito qué es?

— Parece que lo usan para ver. Podría ser una especie de radar sofisticado que se enchufan en las orejas. Lo raro es que en él se la pasan viéndose a sí mismos. También le hablan. Incluso hablan más con esa cosa que entre ellos mismos. Es extraño, la verdad no sé muy bien de qué se trata... Pero bueno, lo importante es que en esas pantallas he visto imágenes increíbles del mundo, algunas se mueven y todo. Parece que lo pudieran ir guardando ahí de a pedacitos.

— Eso suena bien, pero se ve que los humanos son máquinas muy torpes y no vuelan como esta — dijo señalando una de las alas del murciélago que les servía de nave.

— Yo también los subestimé por mucho tiempo, pero no te imaginas todo lo que he visto en esas pantallas. Unas tremendas montañas blancas, ríos azulados, cascadas interminables, árboles gigantes y unos animales rarísimos. ¡Pana, la diversión está es allá afuera! —le decía mientras ambos se apoyaban en una de las ventanillas desde la que se divisaba la inmensidad de la ciudad.

— Suena como parche ¡Meto, meto! — exclamó Cito mirando fijamente al horizonte.

— Sisas, la vuelta es que estas navecitas ya nos quedaron pequeñas. Contamos con ecolocalización, radares, equipo de vuelo y todos los juguetes, pero no nos da pa' atravesar los océanos ¿Te acordás la última vez que lo intentamos?

Cito contestó con una carcajada.

— Este animalejo casi se va al agua. No le dio pa' tanto — replicó Ron.

— Pero..., y si en esta tremenda máquina no nos da, entonces ¿cómo se supone que vamos a hacerlo en esas otras naves bípedas que a duras penas saben correr?

— A pesar de todo lo pasmados que son, se ayudan de animales metálicos que rugen y escupen bocanadas de humo para moverse, ¿si has visto esas cascaritas de dos ruedas en las que se mueven por la ciudad?

— Sisas.

— Bueno, parece que han desarrollado unos pájaros metálicos para atravesar los océanos e ir a cualquier parte del mundo.

— ¡Uyyy quieto! ¿vos de dónde sacas eso ome? — preguntó Cito desconcertado.

— ¡Ahhhhh! Pa' que vea que cucho que yo soy serio. Me he puesto a investigar y los he visto con mis propios ojos. Le seguí un día el rastro a uno de esos grandulones rubios que iban con una mochila en la espalda y llegué a donde anidan esos pájaros. ¡Miles de ellos llegan y salen a la vez! —remarcaba mientras lo miraba fijamente a los ojos.

— Bueno, pero ¿cómo se supone que nos vamos a meter en una de esas naves bípedas?

— No es sino que parquemos este tiesto con alas — le susurraba como en secreto — cerca de donde se la pasan esos humanos buscando comidas exóticas, y le apuesto que, en un par de días, por mucho, este animalejo ya está dentro de un caldo. Nos ponemos los trajes de calor y entramos por la boca. ¡Breve!

— Suena bien. Entonces, ¿cuándo empezamos la misión? ¿Mañana mismo o qué? — preguntó ansioso Cito.

— Mejor pasado. Es que mañana tengo que ayudarle a la cucha a vender unos tamales — respondió Ron con un tono de frustración que no logró ensombrecer su entusiasmo.

— ¡De una! Así quedamos entonces.

Después de unos días finalmente lograron entrar tal como lo habían planeado. Se pusieron cómodos y juntos se fueron a conocer el mundo.



Danzar en un cuerpo

Isabel Preciado Ochoa



*Como decía en una entrevista hace poco Donna Haraway:
“El pensamiento ocurre cuando las cosas que funcionaban
dejan de funcionar. En momentos de descomposición, la
posibilidad de otra cosa se vuelve más urgente y fácil de
imaginar...”*

Ver la fragilidad humana
Me he inoculado en sus vidas
Sentir que tengo el control sobre ellas...
¡Ah! Son sus cuerpos alimento que me nutre
¡Ustedes me dan vida!
Ya somos parte de un todo como siempre
¡Ya me ven!
Huésped tuyo que te acompaña a cada lado
Parasito tu ser:
Entro en tus células y me alimento de ellas,
dependo de la unión entre tus proteínas virales y receptores celulares
Gracias a ello he liberado la naturaleza, al menos por un rato, de tus
virosis malsanas
¡Ya ves! La naturaleza ha reaparecido por las ranuras del asfalto,
Salen los zorros de sus madrigueras,
Pastan las cabras en los parques,
Los insectos polinizan sin problema las plantas.
Hoy te hago sentir parte de la naturaleza,
Te conecto con los animales de otra manera

Comienzas a pensar que los cambios ecológicos y climáticos son por ti
producidos
Sin embargo, yo los libero de sus culpas, pues la aparición de un haz de
luz la conciencia puede iluminar y cambiar nuestro rumbo.
¡Somos parte de un todo no individuos aislados, bailamos juntos el
baile de la vida!





Foto 4: Hojarasca tropical. Fotografía de Isabel Preciado Ochoa



Plantas de vida: la huerta medicinal en Santa María de Condoto para aliviar el Coronavirus

Bismar Conchave Dogiramá e Isabel Preciado Ochoa

“Entonces la tarea de los médicos tradicionales es restablecer el equilibrio tanto en el orden social, natural y religioso para detener el ataque de los espíritus, de los wandras y el embera así pueda vivir bien”.

(Bismar Conchave Dogiramá)



Las comunidades indígenas tienen un conocimiento propio de los procesos de salud y enfermedad, de la prevención y de la restauración de la salud individual y colectiva. Para ellos la salud es entendida como el resultado de relaciones armoniosas del ser humano consigo mismo, la familia, la comunidad y la naturaleza, y que resulta del cumplimiento estricto de normas de comportamiento social y de respeto a las fuerzas de la naturaleza y los elementos que la componen (Cardona Arias y Rivera Palomino, 2012). Es por esto que la enfermedad, es percibida como la pérdida de equilibrio o la transgresión de principios entre la relación humanos y no humanos. De esta forma, la enfermedad y la salud no son vistas como asuntos meramente biológicos, sino como el resultado del equilibrio con el territorio, entendiendo este, no como espacio de reproducción económica, sino de patrimonio colectivo, donde convergen redes de relaciones entre las personas, las entidades y la naturaleza (Echeverri, 2004).

Dicho de otra manera, la dinámica salud y enfermedad se teje a partir del entrecruzamiento de las fuerzas del bien y el mal, los poderes sobrenaturales, dioses y demonios, espíritus buenos y malos, y la profanación/ruptura y cuidados de los ciclos de la naturaleza. Todo esto lo podemos ver claramente en las narrativas que presentan en los cuentos y dibujos pintados por niños y adultos de estas dos comunidades indígenas que quisieron pensarse con nosotros narrativas para comprender el virus que hoy nos acecha.

Para los embera dobida la medicina tradicional empieza desde el mito, “ocupando un tiempo asincrónico, desde más allá de la historia hasta más acá de ella”, ya que el mito anticipa los eventos y hace referencia a las relaciones de los humanos entre ellos, con los animales y con los vegetales. De esta forma, el poder de curar y de enfermar se deriva del conocimiento del universo cultural y natural. Este es el caso del uso de la lluvia fuerte, conocida como “jai kue o ɛgarãbada kue”, que en español sería “lluvia de los espíritus o de la mujer joven”. El rito para fortalecer a las muchachas que inician su menarquia, consiste en salir al aire



Fotos del trabajo en hurta medicinal Comunidad Santa María de Condoto, Alto Baudó, Departamento del Chocó, Colombia. Fotografía tomada por Bismar Conchave Doigrama, junio 2020.

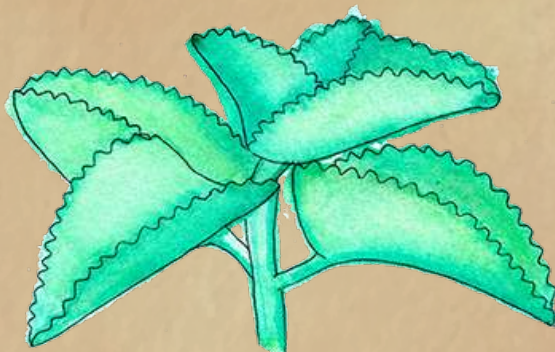
libre cuando el aguacero es fuerte. Esto permitirá que la niña en transición a mujer prevenga ataques de enfermedades, irritaciones e infecciones en la piel. Si no cumple con estas normas espirituales y ancestrales no tendrá una buena salud.

La Medicina Tradicional opera como un campo de conocimiento que lleva a cabo prácticas rituales y sagradas como formas preventivas de anticiparse a la enfermedad. Otro ejemplo es a través de los pagamentos y círculos de palabra que vienen realizando los pueblos indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta para contrarrestar este virus y muchas otras enfermedades. Así mismo, el uso de la herbolaria que usa las propiedades curativas de las plantas, el manejo de las energías y los espíritus que enferman y la intermediación de los médicos tradicionales, como agente que restablecen las relaciones con el mundo de lo no humano que se encuentra en desequilibrio.

En el caso concreto de la comunidad de Santa María de Condoto se adoptó la decisión de organizarse y cuidarse entre todos para mantenerse sanos y con vida, así que además de resguardarse en su territorio, se retomó la siembra colectiva de plantas medicinales en una huerta, constituyendo un ejercicio que busca atender los efectos en la salud que puede traer el Coronavirus. La identificación de las plantas medicinales y los usos específicos para cada síntoma lo quisimos compartir como parte final de este libro, para aquellos que reconozcan el poder preventivo y curativo de las plantas, y decidan, no solo sembrar su pequeña huerta medicinal, sino usarlas para fortalecer su sistema inmunológico o levantar las defensas, manteniendo así calientitos sus pulmones, buscando también tener una sana alimentación.

A continuación, presentamos algunas de las plantas sembradas y sus usos:

Todas estas plantas se preparan en infusión. Las plantas para bajar la fiebre se preparan también en baños.



Orégano: sirve para la gripa y ahogo.

Albahaca común o taporakera (en lengua): sirve para los dolores estomacales.

Albahaca morada o Kerapichi (en lengua): sirve para los cantos de jai (espíritus) y aromatizar los sitios rituales donde se realizan. Es utilizada como remedio para la gripa tomada en infusión.

Poleo: es usado para acabar con los malestares de la gripa, se cocina y se lava la cara.

Limoncillo: sirve para curar síntomas de la gripa.

Mata ratón, Santa María y jaizaquera: Sirve para parar la fiebre y también para curar el dolor de cabeza y el vómito.



Ajo y limón: para la tos preparar una infusión de ajo con limón y tomar hasta sentir mejoría.

Hojas de guayabo la raíz o concha de coco, así como el ajimbre: estas plantas son ideales para curar la diarrea.

Remedio para fortalecer el sistema inmunológico (Secretos para contar, 2014):

“Las virtudes curativas del reino vegetal han sido celebradas desde los tiempos más remotos” (Paracelso, 1999)

1. Para fortalecer el organismo la infusión de romero es un buen remedio.

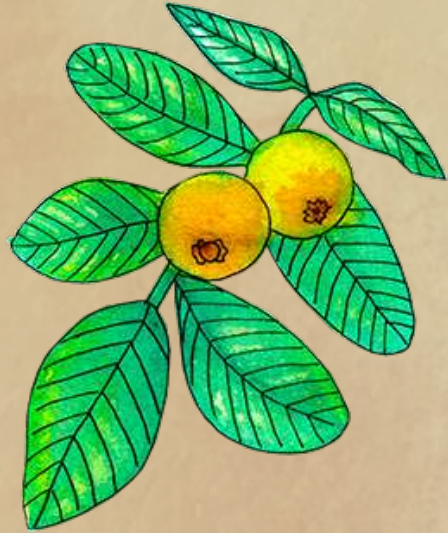
Su preparación:

Ponga 1 taza de agua a calentar en una olla. Cuando hierva, apague la estufa y agregue 1 cucharadita de hojas y flores de romero, y deje reposar 10 minutos. Tome una taza 3 veces al día cuando se sienta débil. (p.160)

2. Para aumentar las defensas del organismo cristal de penca sábila. Su preparación:

Su preparación:

Tome 2 o 3 veces por semana el jugo de una cucharada de cristal de penca sábila por cada taza de agua para mejorar las defensas del organismo. (p.161)



Referencias



Cardona Arias, J. A y Rivera Palomino, Y. (2012). Representaciones sociales sobre medicina tradicional y enfermedades foráneas en indígenas Embera Chamí de Colombia. Revista Cubana de Salud Pública, 38(3):471-483. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21423096013>

CLACSO (2020) Serie de conversatorios virtuales “Ecología política de las pandemias”, GT Ecología(s) Política(s) del Sur/Abya-Yala, CLACSO.

Crutzen, P. C. (2002). Geology of mankind. Nature, 415(3).

Echeverri, J. A. (2004). Territorio como cuerpo, territorio como naturaleza ¿Diálogo intercultural? En: Suralles, A y García Hierro, P. Tierra adentro. Territorio indígena y percepciones del entorno. 39, pp. 259-275. Copenhagen: IGWA, Recuperado de: http://www.ecominga.uqam.ca/PDF/BIBLIOGRAPHIE/GUIDE_LECTU

RE_6/5/1.Alvaro_Echeverri.pdf
García, B. (2019). Los mundos posibles de Donna Haraway: Así es como la ciencia ficción feminista puede ayudar a salvar nuestro planeta. The Objective, Disponible en: <https://theobjective.com/further/donna-haraway-seguir-con-el-problema/>

Gan, E.; A. Tsing; H. Swanson; y N. Bubandt, (2016) “Introduction. Haunted Landscapes of the Anthropocene” En: Tsing, Anna, Nils Bubandt, Elaine Gan y Heather Anne Swanson (eds.), “Arts of Living on a Damaged Planet: Stories from the Anthropocene”, University Minnesota Press.

Greenhough, B. (2012). Where species meet and mingle: Endemic human-virus relations, embodied communication and more-than-human agency at the Common Cold Unit 1946–90. cultural geographies, 19(3), 281-301.

Haraway, D. (2017). Las historias de Camille: los niños del compost. *Nómadas*, (47), 13-45.

Lander, E. (2015). Los límites del planeta y la crisis civilizatoria. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, (8).

Moore, J. W. (2014). The capitalocene. Part II: Abstract Social Nature and the Limits to Capital.

Quammen, D. (2012). *Spillover: animal infections and the next human pandemic*. WW Norton & Company.

Paracelso. (1999). *Botánica oculta. Tratado de las plantas mágicas*. España: Edicomunicaciones. Recuperado de <https://www.plantassaludables.es/wp-content/uploads/2017/11/Paracelso-Botanica-Oculto.pdf>
Roca-Servat, D. (2020) "Seminario Ecología Política de las Pandemias" Curso Optativo "Estudios Interdisciplinarios del

Agua" Maestría en Desarrollo, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

Secretos para contar. (2014). *Los secretos de las plantas. 50 plantas medicinales en su huerta*. Medellín: Panamericana.

Recuperado de <http://www.lineaclave.org/web/download/los-secretos-de-las-plantas-50-plantas-medicinales-en-su-huerta/>

Shiva, V., & Mies, M. (2014). *Ecofeminism*. Zed Books Ltd.

Tsing, A. L. (2011). *Friction: An ethnography of global connection*. Princeton University Press.

Wallace, R. (2016). *Big farms make big flu: dispatches on influenza, agribusiness, and the nature of science*. NYU Press.





Foto 5: Árbol de pan. Fotografía de Isabel Preciado Ochoa

